

sexos en medio de los cuales lucían sus habilidades jugadores de bolos, tiradores de espada, encantadores de serpientes, danzantes, narradores de historias, músicos y soldados. En lo más alto de la colina, debajo de una tienda cónica abierta por el lado que miraba á la ciudad, blanqueaba el enorme turbante del vicegobernador de Tánger, que presidía la fiesta, sentado en el suelo y rodeado de una cohorte de moros. Desde este punto se veían en la parte inferior, en medio de la muchedumbre, los soldados de la Legación, vestidos con sus riquísimos caftanes rojos; algún sombrero cilíndrico; una que otra sombrilla de consulesa, y á los pintores Ussi y Biseo con el álbum abierto y el lápiz entre los dedos: detrás de la muchedumbre Tánger; detrás de Tánger la inmensidad del mar. El estrépito de las descargas de fusilería, los gritos de los jinetes, el campanileo de los aguadores, las regocijadas voces de las mujeres y los sonos de los pífanos, de las trompas y de los tambores formaban una inaudita batahola, que contribuía á dar color más característico á aquel espectáculo salvaje, iluminado por los deslumbrantes rayos del sol de medio día.

La curiosidad me llamaba á la vez á diez lugares distintos; pero un grito de admiración salido de un grupo de mujeres, hizo que me decidiera por los jinetes. Eran estos doce soldados de elevada estatura, con el fez terminado en punta, la capa blanca, el caftán naranjado, rojo y azul, distinguiéndose entre ellos un joven vestido con femenil elegancia, hijo del gobernador del Riff. Alineábanse cabe la muralla de la ciudad, con el frente hacia la campiña, y en el instante en que el hijo del gobernador, situado en el centro, levantaba la mano, partían juntos á todo el correr de sus corceles. En los primeros momentos podía notarse alguna vacilación y

cierto desorden; mas poco tiempo después aquellos doce caballos, estrechados el uno contra el otro, desenfrenados, rozando el suelo con el vientre, no formaban más que un solo cuerpo, un monstruo furioso de doce cabezas y de cien colores que devoraba el espacio. En semejante situación los jinetes clavados en la silla, alta la frente, suelto al aire el ligero alquicel,

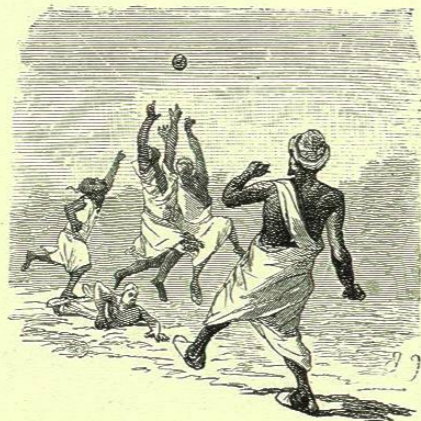


Jinetes corriendo la pólvora

levantaban las espingardas sobre la cabeza, apretábanlas contra la espalda por medio de un movimiento convulsivo, disparaban todos á la vez, lanzando al par un grito de triunfo y de coraje y desaparecían detrás de una nube de polvo y de humo. Al cabo de un rato volvían al punto de partida, lentamente, en desorden, los caballos cubiertos de sudor y brotando sangre de sus ijares; los jinetes con aspecto fatigado pero soberbio, y pasados breves instantes volvían á empezar. Á cada nueva descarga las mujeres árabes, como las damas del torneo,

saludan al escuadrón con una gritería especial, que es una repetición rapidísima del monosílabo: *Ju*, semejante á un trino agudo de alegría infantil.

De allí pasé al juego de pelota. Ocupábanse en él unos quince árabes, mozos, hombres hechos y ancianos con la barba blanca; algunos con la espingarda en bandolera, otros con la gumia pendiente, y jugaban con una pelota de cuero del tamaño de una naranja. Cogíala uno, dejábala caer, y de



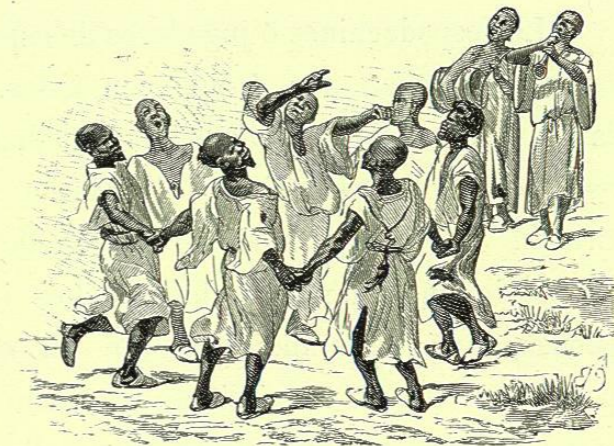
El juego de la pelota

un puntapié la tiraba al aire: los demás corrían para cogerla antes que tocara al suelo: el que la atrapaba hacía lo que el primero, y de esta suerte el grupo de los jugadores, siguiendo la pelota, alejábase poco á poco, hasta tanto que de común acuerdo volvían al punto de partida. Pero lo singular de este juego estaba en los movimientos

de los que en él tomaban parte. Consistían aquéllos en pasos de baile, gestos acompasados, expresiones mímicas, un ademán casi ceremonioso, una especie de contradanza, algo severo y muelle al par, y una correspondencia perfecta de movimientos y vueltas en aquel ir y volver, sujeto todo indudablemente á reglas fijas, cuya ley, sin embargo, por más que hice, me fué imposible descubrir. Corrían y saltaban todos á la vez en un espacio sumamente reducido; se estrechaban, se confundían, y sin embargo, nunca resultaba el más pequeño desarreglo ni la más insignificante perturbación. La pelota se elevaba, desaparecía, daba vueltas por entre aquellas piernas y por encima de aquellas cabezas, cual si no la tocara

mano alguna y cediera solamente al impulso de contrarias influencias. Y á todo esto no se oía una sola palabra, ni un grito, ni siquiera se veía una sonrisa: viejos y mozos permanecían igualmente serios y silenciosos, puestos en el juego sus cinco sentidos, cual si se tratara de una tarea formal que cumplieran por deber; y sólo se oía el respirar pesado y fatigoso, y el ruido resultante del roce de las babuchas contra el suelo.

Á muy pocos pasos, y en el centro de otro círculo de espectadores, bailaban unos negros al son de un pífano y un tamboril de forma cónica, batido por medio de un pedazo de madera retorcido en forma de media luna. Eran ocho hombrones negros y lustrosos como el ébano, sin



Baile de negros

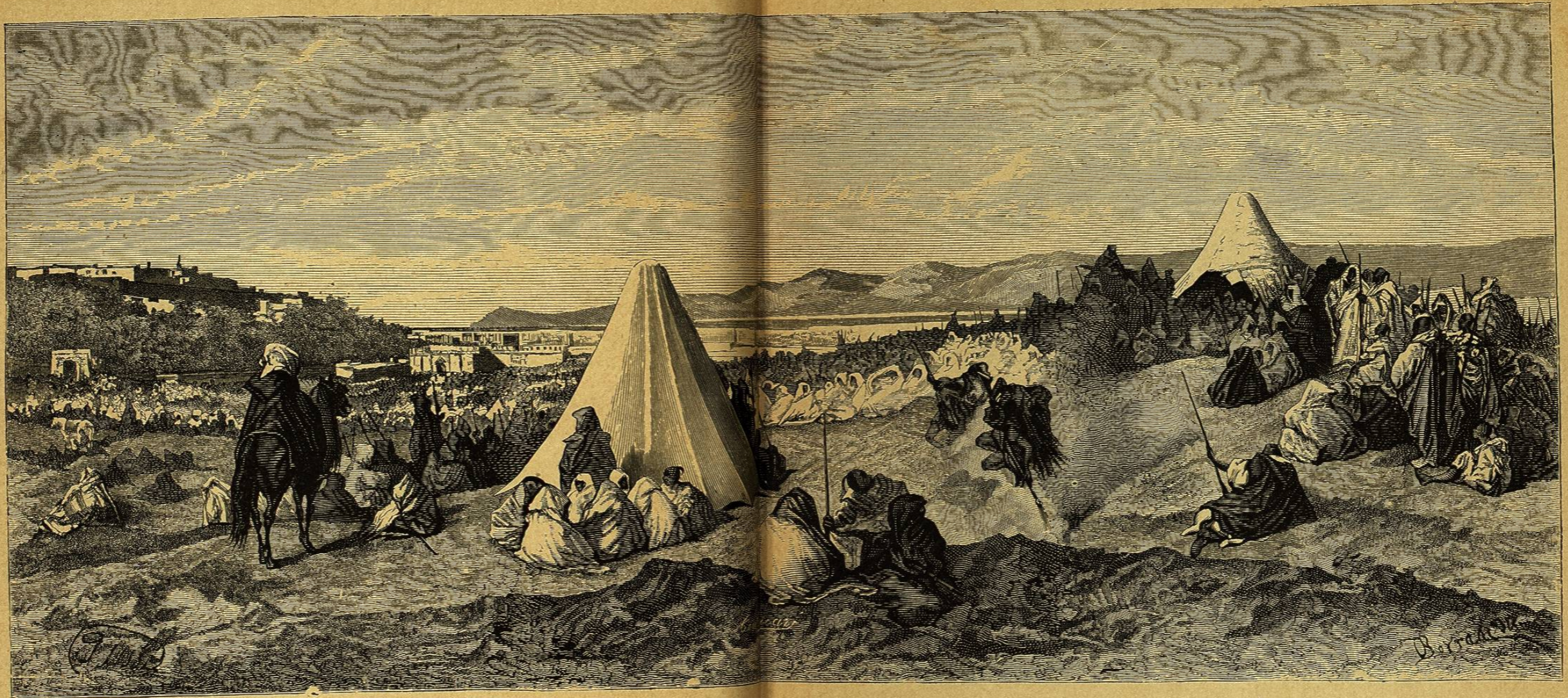
más arreo que una camisa blanca ceñida por medio de un cordón verde. Los siete formaban círculo dándose las manos, y el octavo ocupaba el centro: todos bailaban á la vez, ó mejor, seguían el compás de la música, sin cambiar casi de sitio, con un movimiento de caderas imposible de describir, que me comunicaba un fuerte prurito en las puntas de los pies, y con la sonrisa de sátiros y la expresión de beatitud estúpida y de voluptuosidad bestial que caracterizan á la raza negra.

En tanto que contemplaba esta escena, dos muchachos de unos diez años, que se hallaban entre los espectadores,

me ofrecieron una muestra de la ferocidad de la sangre árabe, que no olvidaré en mis días. De repente, ignoro el motivo, se arrojaron el uno contra el otro, se entrelazaron como dos tigres, y empezaron á destrozarse la cara y el cuello á bocados y arañazos con una furia que causaba horror. Dos hombres robustos, empleando toda su fuerza, consiguieron separarlos con gran trabajo, completamente ensangrentados, y aun así debieron sujetarlos durante largo espacio para que no comenzaran de nuevo.

Los espadachines ó jugadores de espadas hacían reír. Eran cuatro y tiraban dos á dos con palos. Es imposible referir las extravagancias y majaderías de aquella *escuela*; y la llamo así, porque en otra ciudad de Marruecos ví más tarde que tiraban del propio modo. Era aquello una mezcla informe de movimientos de funámbulo, saltos infinitos, contorsiones, pernadas y golpes indicados con un minuto de anticipación por medio de un movimiento giratorio del brazo; pero todo esto ejecutado con una flema extraordinaria, que habría dado lugar al menos ágil de nuestros tiradores para propinar una buena mano de leña á los cuatro, sin temor de que le alcanzara á él un solo varapalo. Sin embargo, los espectadores árabes estaban contemplando con un palmo de boca abierta, y muchos de ellos me miraban de cuando en cuando, cual si trataran de sorprender en mis ojos la expresión de la más profunda sorpresa. Yo, para complacerles, fingíme maravillado y sorprendido de tanta destreza y habilidad, con lo cual algunos se separaron, á fin de que pudiera contemplar el juego á mis anchas.

Resultado de esto fué que al cabo de breve tiempo encontréme rodeado y oprimido por una verdadera muralla de árabes, hasta el punto de ver satisfechos mis vehementes



Marruecos.

Festejos públicos en plaza mercado de Tánger

deseos de estudiar un poco aquellas gentes, en su olor, en el movimiento apenas perceptible de las ventanas de su nariz, de sus labios y de sus párpados, en las contracciones del cutis, en una palabra, en todo aquello que escapa á la observación fugaz, y que sirve, sin embargo, para darse cuenta de muchas cosas. Un soldado de la Legación italiana, que me vió de lejos en medio de aquellas apreturas, presumiendo que me hallaba en semejante situación contra mi gusto, vino á sacarme de ella á pesar mío, repartiendo gumiazos y puñadas á diestro y siniestro.

El círculo del narrador de historias era el más reducido, pero al propio tiempo el más bello. Llegué á él en el preciso instante en que, terminada la plegaria inaugural de costumbre, comenzaba la narración.

Era un hombre de unos cincuenta años, casi negro y con una barba negrísima, y dos ojazos saltones y brillantes. Como todos los narradores de Marruecos, cubríase con un amplísimo manto blanco ceñido en torno á la cabeza por medio de una cuerda hecha de pelo de camello, lo cual le daba toda la gravedad propia de un sacerdote antiguo. Hablaba en voz alta y pausada, puesto de pie en medio del círculo de los oyentes, y acompañaban sus palabras dos tañedores de clarín y tambor que sonaban piano, piano, pianísimo. Refería tal vez una historia de amores, las aventuras de algún bandido famoso, las de un sultán afortunado, qué sé yo lo que contaba, pues lo cierto es que no comprendí ni una sola palabra; mas sus ademanes eran tan precisos, tan expresiva su voz, tan elocuente su rostro, que de cuando en cuando se me alcanzaba alguna cosa del sentido. Figúraseme que refería algo en que entraba la narración de un largo viaje, pues imitaba el paso de un caballo abrumado